

Dios en la otra vida, pues tanto da en esta. Dará sin duda, como Él dijo <sup>1</sup>, una medida buena, llena, apretada, colmada, y que sobre y exceda inmensamente á lo que por Él se hace. ¡Oh Dios inmenso! ¿Con qué os pagaremos lo mucho que por nosotros hacéis? Deseo daros una medida de todas partes buena, llena de santas obras, apretada con estrechas penitencias, colmada con fervorosos afectos, y que sobre, cumpliendo más de lo que mandáis, con hacer también lo que me aconsejáis; y pues por vuestra gracia me habéis dado tal deseo, dadme también fuerzas para cumplirlo. ¡Oh alma mía! Reflexiona bien cuán generoso es Dios contigo. ¿Qué debes hacer tú por Él? ¿Procurarás conservar y aprovecharte de lo que graciosamente te ha dado?

**Punto 3.º** *Pretensión de las turbas en alzar por rey á Jesús.*—Aquí has de considerar la alegría y admiración de la gente que se había alimentado con el pan milagrosamente multiplicado, porque fué tan grande, que se determinaron en sus corazones de alzar á Cristo por rey, teniéndose por dichosos en servir á tan poderoso y espléndido Señor. En lo cual te enseñan el agradecimiento que debes tener á Jesús por los muchos beneficios que te ha hecho, escogiéndole por Rey, y deseando que reine en tu corazón, y que ejerza un completo dominio sobre todas tus potencias y sentidos, de modo que ninguna de ellas se levante jamás contra este Rey <sup>2</sup>, sino que voluntariamente, y con gozo, se sometan á su imperio. Has de desear que reine sobre tu entendimiento, memoria y voluntad, sobre tus apetitos y pasiones, sobre tus sentidos y afecciones; y si alguna vez se levanta alguna que diga <sup>3</sup>: «No quiero que reine Jesús sobre mí», has de someterla y dominarla, hasta lograr, si es necesario, su exterminio. Pondera lo que hizo Jesús cuando conoció de lo que trataban las turbas; al momento desapareció de sus ojos y huyó á lo más escondido del desierto, atajando la determinación de estos hombres, porque no quería honras ni dignidades temporales, para enseñarte con su ejemplo que no busques por tus buenas obras premio temporal de los hombres, ni apetezcas dignidades; antes, cuanto es de tu parte, las huyas, y huyas también las ocasiones de ellas. ¡Oh Rey eterno, que así aborrecisteis el reinado temporal, porque vuestro reino no era de este mundo ni os había de venir por elección de los hombres! Dadme gracia para que yo también pise las grandezas temporales, contentándome con las eternas. ¡Oh alma fiel! Escoge á Jesús por Rey, sometiéndote incondicionalmente á su imperio, é imita su proceder. ¿Quién es tu Rey? ¿Quién te domina? ¿Te arrastra la ambición ú otro afecto desordenado?

**Epílogo y coloquios.** ¡Dichosas turbas, que presenciaron y participaron del pan milagroso que les dió el Señor! ¡Bien les

<sup>1</sup> Luc., vi, 38. — <sup>2</sup> Psalm. ii, 2. — <sup>3</sup> Luc., xix, 14.

pagó Jesús el sacrificio que habían hecho, siguiéndole hasta el desierto! Ciertamente no estarían arrepentidas de haber abandonado sus casas y cuanto tenían para no abandonar á Jesucristo. Padecieron hambre por un momento; mas después quedaron satisfechas con la comida de un pan milagroso, figura expresiva de otro pan soberano que todos tenemos la dicha de poder comer. Tal es el pan eucarístico. ¡Oh! Si tú sabes comerle con las disposiciones debidas, llenará tu corazón de consuelo, tu alma de alegría, tu entendimiento de luz y tu voluntad del fuego divino. ¡Con qué abundancia y generosidad premia el Señor los servicios que se le prestan! Cinco panes le han dado los Apóstoles, y después de comer todo cuanto han necesitado, tanto ellos como los demás discípulos, recogen doce canastas de excelente pan. ¿Qué hará Dios en el día del juicio, cuando con infinita misericordia y de un modo espléndido, como es propio de su Majestad, premie y recompense todos los trabajos, dolores, padecimientos, privaciones y persecuciones que se hayan tolerado y llevado á cabo por su amor? ¡Oh alma! Aliéntate, recordando este premio y mirando en lontananza esta felicidad. Pero entretanto, trata de que Jesús sea tu Rey, que reine Él en ti con absoluto dominio, que sea Él el dueño de todos tus pensamientos, palabras y obras. ¿No te arguye y acusa la conciencia de haber menospreciado alguna vez la autoridad y dominio de Jesús? ¿No has quebrantado su yugo y arrojado de ti su carga? ¿Has correspondido con vivo amor y fiel servicio á la infinita bondad y generosidad de este Rey? ¿Cuándo y en qué cosas has de mostrarle tu sumisión y rendimiento? Piénsalo, renueva tus propósitos, aviva tu fervor y confianza, y con ella ruega por ti y por todas las demás cosas que acostumbras ó tienes obligación de hacerlo.

#### 77.—JESÚS SOSIEGA UNA TEMPESTAD.

PRELUDIO 1.º Navegando el Señor con sus discípulos, durmióse; y como se levantase una tempestad en el mar, acudieron á despertarle, y la calmó con su mandato.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús mandando á los vientos que cesen.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber acudir á Jesús en tus apuros.

**Punto 1.º** *Durmióse Jesús, y se levantó una borrasca.*—Hallándose Jesús cansado de predicar, entró en un navío con sus Apóstoles, y mandó que navegasen; Él, entretanto, echóse á dormir en la popa <sup>1</sup>; y al mismo punto se levantó una furiosa tempestad. En este sueño del Señor debes examinar las circunstancias que concurren, las cuales debes imitar en tu descanso. Fué después de grande trabajo y cansancio; tomado de paso, y así no se fué á dormir al fondo del navío como Jonás, sino en la popa; y

<sup>1</sup> Matth., viii, 24; Marc., iv, 38.

aunque dormía el cuerpo, velaba el corazón, conociendo lo que pasaba como si estuviera despierto. Tal debiera ser tu sueño y descanso, tomado por necesidad, de paso y acompañado de buenos sueños, si es posible, de modo que en ti se verifique lo que dice el Salmo <sup>1</sup>: «La noche es mi resplandor en medio de mis regalos». Pondera luego el misterio de este sueño, porque el Señor, en la nave de su Iglesia y de cada alma, se hace algunas veces del dormido, como quien descuida de nosotros, permitiendo que se levanten tan bravas tempestades de persecuciones y tentaciones, que la ponen á punto de anegarse; porque, no sólo la combaten por de fuera, sino también por dentro con tristezas, temores, escrúpulos y otras varias turbaciones. Mas no creas que por esto se ausente Jesús de tu alma, ni deje de ver lo que pasa; contigo está en la tribulación <sup>2</sup>, y si la permite, es para probar tu fe y avivar tu confianza, fundarte en la humildad, purificarte de los vicios y provocarte al ejercicio de la oración y de varias virtudes, al modo que permitió que se levantase esta borrasca por estos mismos fines; pues por esto se dice: Que quien entra en la mar, aprende á orar; y entrando en el alma las olas de las tribulaciones, suelen salir de ella las olas de los vicios; entrando la humillación, sale el viento de la vanidad, y entrando la congoja, sale la tibieza. ¡Oh Piloto sapientísimo! Gobernad como quisierais la nave de mi alma, con tal que no os ausentéis de ella; porque si Vos estáis presente, aunque sea combatida, no será hundida, sino mejorada, levantándola las olas de las tribulaciones al ejercicio soberano de las virtudes. ¿Guardamos en nuestro sueño las circunstancias del sueño de Jesús? ¿Cómo recibimos las tribulaciones que el Señor permite en nosotros?

**Punto 2.º** *Comportamiento de los discípulos en este aprieto.*—Considera cómo los discípulos, al ver que la tempestad arreciaba, y el peligro que corrían, fueron á Jesús, diciendo: «Señor, sálvanos, que perecemos». Mira á estos prudentes discípulos, que en tal aprieto saben acudir al único remedio de todos los trabajos, que es Dios, por medio de la oración. Unos usaron de palabras breves, pero eficaces, alegando su peligro y necesidad, diciéndole: «Señor, sálvanos, porque perecemos». Otros, con un modo de queja amorosa, dijeron: «Maestro, ¿no te toca mirar que perecemos?» Como quien dice: Á ti pertenece mirar por nosotros, porque eres nuestro Maestro, y en ti tenemos puesta nuestra confianza; pues ¿cómo nos dejas en tanto peligro? Á imitación de estos discípulos has de acudir á Cristo nuestro Señor en tus trabajos, con estas dos oraciones, diciéndole: Señor, salvadme, porque perezco. Maestro mío, á Vos pertenece librar mi alma, porque más es vuestra que mía. Yo soy vuestro discípulo, y debajo vuestra protección vivo. Vuestro soy, salvadme <sup>4</sup>. Levantaos, Señor: ¿por qué dormís <sup>1</sup>? Levantaos, y no me desechéis hasta el fin: ¿por qué volvéis, Señor, vuestro rostro y os olvidáis de mi pobreza y de mi tribulación? Pondera también aquí de parte de Cristo nuestro Señor cuán presto despertó, como quien tenía gana de socorrer á sus discípulos, reprendiéndoles de la poca fe y confianza que tenían en su omnipotencia. Y por esto les dijo: «¿De qué teméis, hombres de poca fe?» Como quien dice: Aunque mirando vuestro peligro y vuestras propias fuerzas hay razón de temer; pero mirando que estáis en mi compañía, no hay por qué temáis, si tenéis fe de quién soy Yo. ¿Acudes tú, como los Apóstoles, á Jesús en tus tribulaciones? ¿Tienes absoluta confianza en su poder y bondad? ¡Oh Salvador mío dulcísimo! Confieso que, mirándoos á Vos, no tengo por qué dudar, ni de vuestro poder, ni de vuestro saber, ni de vuestro querer para mi remedio, porque Vos sois infinitamente poderoso, sabio y bueno; en vuestras manos me arrojo de todo mi corazón, y cuanto fuere mayor mi tribulación, tanto será mayor mi confianza, para que mostréis en mí vuestra omnipotencia.

**Punto 3.º** *Jesús sosiega con su mandato la tempestad.*—Considera en este punto la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, el cual, dirigiendo una mirada á las encrespadas olas y á los agitados vientos, mandóles que se sosegasen, diciendo: «Calla, enmudece», y al punto cesó el viento y quedó sosegado el mar. ¡Cuán inmenso es el poder que el Señor tiene sobre todas las criaturas, y qué obediencia tan puntual tienen éstas á lo que Él les manda! Gózate de todo esto, ya que redunda en gloria de tu Redentor; pero al mismo tiempo has de confundirte y avergonzarte profundamente de ti mismo, viendo la rebeldía que tienes á la divina voz, y la poca obediencia á sus mandatos, mientras que los mismos seres insensibles, como si tuvieran razón, con tal docilidad y prontitud se someten. Pondera el misterio que encierran las dos palabras que usó el Señor para calmar la tempestad. Dijo: «Calla, enmudece», porque las obras de Dios son perfectas, y cuando quiere mostrar su omnipotencia, no sólo manda callar, sino enmudecer, que es más, sanando la turbación de raíz y causando perfecta paz. Y así, cuando te vieres turbado con varios pensamientos ó pasiones, has de suplicar al Señor las mande, no solamente callar por un rato, sino enmudecer, para que nunca más te turben en la materia que te turbaron; y si te conviniere, así lo hará; de modo que, con grande admiración de lo que en ti experimentas, digas lo que decía la gente del navío: «¿Quién es este á quien así obedecen los vientos y el mar?» ¡Oh Salvador omnipotentísimo! Mi corazón es un mar turbado con mil vagueaciones, y anda muy alterado con vientos de contrarias pasiones; mandadle que se sosiegue, y decidle: Calla, enmudece,

<sup>1</sup> Psalm. cxxxviii, 11. — <sup>2</sup> Psalm. xc, 15. — <sup>3</sup> Matth., viii, 25. — <sup>4</sup> Psalm. cxviii, 94.

<sup>1</sup> Psalm. xliii, 23. — <sup>2</sup> Matth., viii, 27.

porque vuestro decir es omnipotente; y luego obedecerá. ¿Ves, alma fiel, con qué puntualidad obedecen á Jesús los vientos y el mar? ¿Cómo, estando muy agitados, se calman á su voz? Y tú, ¿cómo te sujetas á ella? ¿Cómo obedeces al Señor?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué tesoro de enseñanzas se esconde en las más insignificantes acciones de Jesucristo! En ellas te da documentos importantísimos para todas las circunstancias de la vida. Si come, te dice cómo debes comer; si duerme, te dice cómo debes dormir. Cansado de la predicación, entra en el mar, y échase en la popa del navío, y comienza á dormir; mas sin dejar de conocer todo cuanto pasa en torno suyo. Su sueño es inspirado por la necesidad, tomado de paso, y acompañado de santos pensamientos. Así debiera ser tu sueño. Mas, lo mismo fué dormirse Jesús, que levantarse una horrible tormenta, que puso en grande aprieto á sus discípulos. ¡Cuántas veces el Señor, en el navío de su Iglesia y del alma que le ama, hace del dormido, y permite que se levanten tempestades horribles, que pongan casi en peligro á una y á otra! No se separa de su compañía; pero parece que se esconde y no deja percibir los efectos de su presencia. Pero ¿qué hacer en este caso? ¿Desfallecer y entregarse á una loca desconfianza? Mira á los Apóstoles; corren á Jesús en cuanto conocen el peligro en que se hallan; manifiéstale su necesidad; quéjense amorosamente con Él, y el Señor, compadecido, y habiendo reprendido con suavidad su desconfianza, manda imperiosamente á los vientos y al mar, los cuales rendidamente se someten y obedecen á su voz. Vuelve sobre ti los ojos, y considerando este suceso, examina si imitas á Jesús en tu descanso, si desconfías de Él en las tribulaciones, si te vales del recurso de la oración, si tienes completa fe en su poder, sabiduría y bondad. ¿Te remuerde la conciencia acerca de estos puntos? ¿Cuál es tu comportamiento en las tribulaciones? ¿Cómo procedes en tus oraciones? ¡Cuántas veces desfalleces, é interiormente quizá te estás quejando de la providencia del Señor! Basta ya de desconfianza; no hagas tal injuria á Padre tan amante; propón con decidida voluntad lo que debas corregir y enmendar, y pide la gracia que para ello necesitas.

## 78.—TEMPESTAD EN QUE JESÚS ANDUVO SOBRE LAS AGUAS.

PRELUDIO 1.º Quedándose Jesús en el monte á orar, mandó á los Apóstoles que pasasen el mar de Tiberíades; mas viéndoles envueltos en una tempestad, vino á ellos andando sobre las aguas.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús andando sobre las aguas, y dirigiéndose adonde estaban sus Apóstoles trabajando.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la caridad de Jesús y la diligencia de los Apóstoles.

**Punto 1.º** *Jesús obliga á sus Apóstoles á pasar el mar, y Él se queda orando.*—Mandó Jesús á sus discípulos <sup>1</sup> que entrasen en un navío y pasasen el mar de Tiberíades, y Él quedóse solo á orar en un monte, y luego se levantó una tormenta que batía el navío. En estas palabras del Evangelista debes considerar primeramente el amor que el Señor tenía á la oración, escogiendo para ella lugares solitarios y el tiempo quieto de la noche, y dejando la compañía de sus discípulos, prolongábala casi hasta la mañana con gran fervor. ¡Oh cuánto debieras tú orar por tu salvación, viendo este ejemplo de Jesús! Mira también cuánto sintieron los Apóstoles el separarse de la compañía de su divino Maestro, pues San Marcos dijo <sup>2</sup>: *Coegit*, que los forzó á pasar el mar; porque quisieran ellos subir con Él al monte á orar, y estar siempre en su compañía, como quien barruntaba que entrar sin Él en el mar era cosa peligrosa; pero prevaleció la virtud de la obediencia, porque en todo ha de ser Dios obedecido, aunque sea poniéndonos á grande peligro, dejando la oración retirada, porque esto es dejar á Dios por Dios. Pondera el misterio de la tempestad que en esta ocasión padecía la nave de los Apóstoles. Otra vez se levantó la tempestad, estando Jesús durmiendo <sup>3</sup> en el navío; esta vez, estando ausente, para probar más la fe de ellos, viendo más lejos á su Maestro; y para significar que Cristo nuestro Señor suele ausentarse de los suyos cuanto al socorro sensible de su gracia, y dejarlos en grandes tribulaciones para probar su fidelidad. Y como van creciendo en la virtud, suelen crecer las pruebas con tal modo de ausencia por los innumerables bienes que resultan de ellas. ¡Oh Maestro sapientísimo! Muy bien hacéis todas las cosas, y por todo sois infinitamente digno de alabanza; si vuestra presencia nos alegra, vuestra ausencia nos hace crecer en vuestro amor, viendo cuán pobres y miserables somos sin Vos; permitidme que, ya presente, ya ausente, seáis Vos el único tesoro de mi corazón. ¡Oh alma! Aprende de Jesús á amar la oración retirada, y de los Apóstoles á temer el separarte de Él. ¿Qué sientes acerca de esto?

<sup>1</sup> Matth., xiv, 22. — <sup>2</sup> Marc., vi, 45. — <sup>3</sup> Matth., viii, 24.

**Punto 2.º** *Conducta de los discípulos en la tempestad, y socorro de Jesús.*—Considera cómo, sobreviniendo la tempestad cuando los discípulos se hallaban en alta mar, no perdieron por esto el ánimo, ni se estuvieron mano sobre mano, sino trabajaban remando contra los vientos que les eran contrarios y las furiosas olas que les embestían, por salvar su pobre navío y llevarle al puerto que les había señalado Jesús. Con lo cual te enseñan que en las tentaciones y tribulaciones no has de amilanarte ni estar ocioso, dejando el remedio á solo Dios, sino que has de hacer de tu parte cuanto pudieres, aunque sea con trabajo, como quien rema á solas, ejercitando las obras de oración y penitencia lo mejor que pudieres, no dudando que cuando el Señor sea servido y vea tu fidelidad, vendrá en tu socorro para sacarte de la tribulación, al modo que el platero saca del crisol el oro cuando ya está purificado y limpio, y como en esta ocasión lo hizo Jesús con sus discípulos. Mira la caridad de este divino Señor, el cual, aunque parece que está ausente, muy cierto es que no se olvida de los suyos, antes está mirando su trabajo y diligencia, y se agrada por una parte de verlos trabajar, y por otra se compadece de verlos padecer. Por lo cual, aunque te veas en el mar de este mundo y en la noche de este siglo, lleno de obscuridades y combatido de tentaciones, has de tener gran confianza, porque tu Salvador está en el monte de esos cielos, abogando y orando por ti á su Eterno Padre<sup>1</sup>, y mirando desde su trono tus trabajos, compadeciéndose de ellos y ayudándote, como á san Esteban, con su misericordia infinita, para que alcances la corona eterna; y si se difiriera el socorro, no desconfíes, porque á su tiempo vendrá el remedio, el cual será tanto más eficaz y abundante, cuanto haya sido más deseado. ¡Oh Jesús mío amantísimo! Á ese monte altísimo donde estáis, á la diestra de vuestro Padre, dirijo mis ojos, esperando que de ahí me ha de venir el auxilio. Mirad desde ese lugar seguro el estado triste de mi alma; luchando estoy de día y de noche, en medio de este mundo, con innumerables enemigos. Las heridas que recibo cada día ponen en peligro mi vida; y si Vos no me ayudáis, ellos prevalecerán contra mí; miradme y compadeceos de mi necesidad. ¿Seguimos el ejemplo de los discípulos de Jesús en las tribulaciones, peleando con valor? ¿Confiamos en la bondad de Jesús, nuestro Maestro?

**Punto 3.º** *Jesús anduvo sobre las aguas, yendo adonde estaban sus discípulos.*—Resuelto Jesucristo á tranquilizar á sus amados discípulos atribulados, abandonó el lugar de su oración y se fué adonde ellos estaban, andando sobre las aguas. Las causas de este nuevo modo de andar sobre el agua como sobre tierra firme que en esta ocasión usó Jesús, fueron dos prin-

<sup>1</sup> Rom., viii, 34: 1 Joan., ii, 1.

cialmente, y conviene ponderarlas. La primera, para dar una muestra de su omnipotencia, significando de este modo el poder que tenía sobre las aguas del mar, y sobre las tribulaciones y tempestades del mundo, y cómo era superior á todas y las tenía debajo los pies sin temor ninguno. Y por consiguiente, que si en el tiempo de su Pasión fué sumido debajo de las olas, atollado en el lodo del profundo<sup>1</sup>, no era por flaqueza, sino por caridad, con deseo de padecer por nuestro bien; pero de tal manera, que luego saldría de aquel abismo de tribulaciones como superior y vencedor de ellas. Otra causa fué para significar la virtud de la oración que había tenido en el monte, de la cual suelen salir los justos con tanto esfuerzo, que ni temen tempestades, ni se hunden en ellas, sino con ánimo esforzado en la virtud de Dios, las acometen y son superiores á todas: y cuando temen los que están en el navío, no temen ellos en medio de la mar; porque la oración y confianza en Dios les da mayor seguridad, que todos los medios humanos á los que confían en ellos; y aunque estén en medio de innumerables tempestades, y dentro del vientre de la ballena como Jonás<sup>2</sup>, orando, alcanzan que la ballena de la tribulación no les dañe, antes les ponga en el puerto con mucha seguridad. ¿Temerás tú aún las tribulaciones que te afligen? ¿Por qué no pones tu confianza en Jesucristo tu Salvador? ¿Cómo no acudes á la oración que te hace superior á ellas? ¡Oh dulce Jesús! Concededme que suba con Vos al monte alto de la oración, levantándome sobre mí mismo, para que en virtud de ella, con vuestra gracia, me levante sobre las aguas de las tentaciones y tribulaciones, sin ser oprimido de ellas.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuánto temían los Apóstoles separarse de Jesús! ¡Con cuánto mayor gusto se hubieran quedado con Él orando toda la noche en el monte! Mas Jesús lo manda, en cierto modo los fuerza y obliga, y ellos, sumisos, obedecen y entran en el mar, aunque preven el peligro á que se exponen, para enseñarnos que cuando hay de por medio la voluntad de Dios, no hemos de vacilar en exponernos, aunque sea á los mayores peligros. ¡Oh si consultásemos á esto y no al amor propio, á la vanidad y al afán de lucir! Sin duda no sucumbiríamos en ellos; porque Jesús vendría en nuestro socorro, como en esta ocasión lo hizo con sus discípulos. Se ha levantado la tempestad que barruntaban, el navío es furiosamente combatido, las olas amenazan hundirle; mas los discípulos no se acobardan, trabajan con firmeza, reman con valor, y hacen todos los esfuerzos para llegar al puerto, aunque sea peleando contra los vientos. Así debieras tú obrar en las tribulaciones. Mas ¿qué hará Jesús? ¿Se olvidará de sus amados discípulos? Lejos de esto, los mira desde el monte en donde ora, y compadecido de su necesidad,

<sup>1</sup> Psalm. lxxviii, 5. — <sup>2</sup> Jonae, ii, 1.

baja aceleradamente y comienza á caminar sobre las aguas. ¡Oh poder infinito de Jesús! Para Él es el agua como tierra firme; Él se pasea por los mares, y á su imperio cesan las más horribles tempestades. ¡Oh eficacia de la oración, que de tal modo fortalece el alma flaca, y que así atrae los divinos auxilios, para que en medio de las mayores amarguras no se hunda, sino que flote gloriosamente sobre ellas, haciéndose á todas superior! ¿Quién, en vista de esto, no confiará en Jesús? ¿Quién no se aficionará á la oración que tales bienes produce? ¿Qué hemos hecho nosotros? ¡Cuán inconstantes somos en este útil y necesario ejercicio! ¡Y con cuánta frialdad la hacemos! No seamos ya más tibios en cosa que tanto nos interesa; propongamos, dirijámonos al Señor con súplicas fervorosas, pidiendo por nosotros y por todo el mundo.

#### 79.—JESÚS ES TENIDO POR FANTASMA.

PRELUDIO 1.º. Viendo los discípulos que Jesús venía á ellos sobre las aguas, temieron grandemente y dieron voces, diciendo: «Fantasma es», y Jesús les tranquilizó.

PRELUDIO 2.º. Representate este mismo suceso, como si te hallaras presente.

PRELUDIO 3.º. Pide la gracia de conocer los espíritus y no padecer ilusiones.

**Punto 1.º** *Vano temor de los discípulos.*—Viendo los discípulos que hacia ellos venía Jesús, andando sobre las aguas, comenzaron á temer grandemente, y dieron voces, diciendo: «Fantasma es». En lo cual has de considerar cuán grande es la flaqueza y miseria humana, que mientras parece ser muy fuerte para desafiar y vencer enemigos poderosos, desfallece y se acobarda delante de lo que sólo es enemigo imaginario, siendo realmente el mayor amigo; así ves á los discípulos del Señor, que no daban voces con la furia de la tempestad, y las dieron de miedo por un antojo, precisamente cuando debían darlas de gozo y alegría. Muchas veces te ha sucedido que con la virtud de Dios has hecho rostro á grandes peligros y dificultades, y al poco tiempo, con gran pusilanimidad y cobardía, te has espantado de peligros insignificantes y antojadizos. ¿Cuándo llegarás á conocer y á convencerte que nada eres de ti mismo? Pondera cuán perjudicial es la pasión del miedo cuando arrastra el entendimiento; porque le hace tener por fantasma lo que es realidad, por defectuoso lo santo, por imperfecto lo perfecto. Y á tal extremo llega algunas veces esta pasión, sobre todo en algunos escrupulosos y pusilánimes, que vienen á cometer desobediencias ú otras faltas verdaderas y manifiestas por el vano temor de caer en algunos defectos puramente imaginarios. De todo lo cual debes sacar grande desconfianza de tus propias fuerzas, porque si los discípulos del Señor experimentan tal flaqueza sin causa fundada, ¿qué puedes espe-

1 Matth., xiv, 26.

rar tú, cuya debilidad tienes experimentada tantas veces? Saca también un firme propósito de no temer cuando no hay motivo para ello, recordando que en donde está el espíritu del Señor<sup>1</sup>, allí no hay encogimiento, sino libertad. ¡Oh Salvador amorosísimo! Concededme que, arrojando de mí todo temor servil que os desagrade, os sirva con espíritu de hijo, temiendo más vuestra ofensa que el castigo que por ella me podéis dar, y sin que me impida el serviros ningún respeto humano ni el temor de cosa transitoria. ¿Estamos nosotros convencidos de nuestra flaqueza? ¿Tememos lo que no debemos temer?

**Punto 2.º** *Tres clases de hombres que juzgan diversamente acerca de los favores de Dios.*—Considera cómo hay tres clases de personas que, tratando con Cristo, sienten diferentemente de Él y de sus cosas. Unas hay que tienen por Cristo lo que es solamente fantasma y sombra antojadiza, calificando sus sueños é imaginaciones por verdaderas revelaciones; y á sus pasiones tienen por virtudes, pensando que su rabiosa ira es celo, y su amor carnal, espiritual. Estos, por la mayor parte, son algunos soberbios y presuntuosos que se fían mucho de su propio juicio; y ora el demonio transfigurado en ángel de luz<sup>2</sup>, ora su amor propio, ora su imaginación con sus ardidés, invenciones y falacias, les hacen caer en ilusiones que no pocas veces les conducen á la perdición. Otras hay, por el contrario, que tienen por fantasma á lo que verdaderamente es Cristo, á la virtud por pasión y á la buena inspiración por antojo de su propio espíritu. Esto, aunque suele acontecer entre gente escrupulosa y melancólica é ignorante, sucede también algunas veces entre gente aprovechada, como se ve aquí en los Apóstoles, sobre todo en tiempos de tentaciones y borrascas, permitiéndolo Dios para prueba de la humildad y virtud, porque entonces es más terrible la tentación, cuando el alma imagina que es nuevo engaño lo que Dios envía por su remedio. Ambos extremos son viciosos, porque si es malo tener á Cristo por fantasma, no lo es menos tener á la fantasma por Cristo<sup>3</sup>. Y así la tercera clase de personas están en el buen camino, siguiendo el consejo de san Juan<sup>4</sup>, que dice: «No creáis á todo espíritu, sino probad y examinad los espíritus si son de Dios». Y este examen se ha de hacer por medio de la oración, humildad, consejo y reflexión imparcial. ¿Á cuál de estas clases perteneces? ¿Cómo pruebas los movimientos interiores? ¡Oh Maestro celestial, verdadero ponderador de los espíritus! No permitáis que os haga tal agravio que llame fantasma á lo que es Dios, y Dios á lo que es fantasma; ilustradme con vuestra divina luz, para que pueda discernir entre uno y otro, y ayudadme con vuestra gracia, para que siempre siga los impetus del espíritu bueno, y aborrezca los del malo.

1 II Cor., iii, 17. — 2 II Cor., xi, 14. — 3 S. Greg. — 4 I Joan., iv, 1.